

CAPITULO XXV.

SPANISH FORT.

Próximo á dejar Nueva-Orleans, Mr. Johnson vino á hacerme una visita de despedida.

—¿Ha ido vd. á «Fuerte Español»? me preguntó.

—No: no he tenido tiempo.

—No debe vd. dejar de ir, agregó; son unos bellos jardines situados á orillas del Lago Pontchartrain.

Este nombre me hizo desear ir. Habia yo visto una vez en West End aquella magnífica obra de la naturaleza, y deseaba volver á contemplarla, sobre todo si algun otro sitio ofrecia nuevos atractivos.

Supliqué á Mr. Johnson me acompañara, y ambos tomamos el tren.

Mi amigo comenzó á decir algo sobre el camino de hierro que recorriamos. Se estaba rápidamente destruyendo, cuando fué libertado de la ruina por el espíritu de empresa de los Sres. Schwartz Brothers. Pero yo no empecé á tomar interés en la conversacion, sino cuando llegamos al lugar de nuestro destino y los recuerdos históricos vinieron á la mente.

—Ahí tiene vd. el fuerte, me dijo Mr. Johnson, señalando una construccion de ladrillo sobre la que se ha levantado un edificio de madera. Esos dos viejos cañones son restos en este país de la España de Carlos III. Fueron sin duda formidables en su época, y hoy los niños juegan sobre ellos!

—Así son todas las cosas del mundo, contesté. Mas sírvase vd. indicarme ¿cuál es esa corriente de agua que siguió Bienville cuando fundó Nueva-Orleans en 1718?

—Aquella es, respondió, marcando á lo léjos una especie de hilo de plata tendido entre la selva. Era precisamente el tiempo que vd. expresa. La Luisiana pertenecia á la Francia. Bienville acababa de volver á ser nombrado gobernador, y su primer acto fué buscar un lugar más á propósito para el principal establecimiento de la provincia. Navegaba por el lago Pontchartrain, y acercándose la noche descubrió un pequeño arroyo cuyo curso siguió hasta encontrar un lugar alto donde estableció su campo. Allí se fundó Nueva-Orleans.

En aquel momento llegamos á un pequeño estanque. Algunos lagartos estaban tendidos perezosamente sobre el lodo. Estos animales, teniendo agua y tierra húmeda, lo demás poco les interesa. Vimos despues una jauría con osos, no más diligentes que sus vecinos del estanque, y otras varias con tigres, comedores de hormigas (ant-eaters), águilas, zorras y varios tejones. Terminado nuestro saludo á la historia natural, fuimos á almorzar, subiendo despues á un alto mirador á contemplar el lago.

Volvieron allí á asaltarme idénticas reflexiones á las que ya habia tenido en otro punto elevado, del cual no estaba muy distante. Me encontraba acompañado; no podía entregarme á los sueños de la imaginacion, y sin embargo, no sé qué efecto producía en mí aquella lujosa vegetacion desarrollándose por un lado y por otro esa sábana blanca de agua entre cuyas rizadas ondulaciones

se mecían los pequeños barcos empujados cariñosamente por el viento, cual si fuese un amigo que quisiese libertarlos del abismo!

La expedición duró cerca de tres horas, al cabo de las cuales la locomotora nos aguardaba. Tuvimos que apresurar el paso para poder tomar nuestro asiento. 'El inmenso vientre comenzaba á imprimir movimiento á aquel cuerpo de acero. Hacíase ya sentir el impulso, cual si fuese un mónstruo que se despertase de un sueño. Pronto salvamos la distancia ante el esfuerzo enérgico de la musculación de hierro, y poco despues bajábamos en la estación correspondiente, esquina de la calle del Canal.

CAPITULO XXVI.

EL JOCKEY CLUB.

El establecimiento del Jockey Club en Nueva-Orleans está situado sobre la calle de la Esplanada. Tiene 500 piés de frente, 2,300 de fondo, y comprende una área de cerca de treinta acres. Lo primero que se descubre, penetrando por la puerta de reja de hierro que cubre el frente, son dos estátuas, á las cuales no hay que confundir con señoras, como lo hacia aquel viejo duque de "La Hija del Tambor Mayor." Despues debe uno detenerse á observar bien el jardín. Al lado de arbustos á los que se ha dejado su crecimiento natural,

están los que han recibido del arte formas rigurosamente geométricas; prismas rectangulares, conos, pirámides; más allá medias esferas. Puede hacerse allí un curso de una de las partes más importantes de las matemáticas, con tanto provecho como aquel muchacho que pretendió estudiar geografía sobre el inflado vientre del señor su papá.

Un edificio se levanta en medio del parque. En el primer piso, comedor, cuarto con una romana que sirve tal vez para que se pesen los jockeys, salones. En el segundo, billares: los tacos esperan amontonados y las bolas duermen en sus respectivos cajones. Un mirador lo termina. El arquitecto no conoció aquella regla que Fenimore Cooper pone en boca del primo de Mamaduke: "el techo es la parte que los antiguos siempre procuraban ocultar, por ser una excrecencia tolerada solamente en vista de su utilidad." Tal vez por eso no llamó la pintura en su ayuda, ni usó el azul celeste para confundirlo con el firmamento, ni el color de ceniza para que se le tomase por una niebla, ni el verde diluido para que se creyera que la vegetación del jardín habia subido hasta aquel punto elevado y dominador.

A un costado de la casa está la calzada circular, la cerca de madera, los árboles pintados de blanco, todo lo que constituye el hipódromo. Esa es la parte interesante; el sitio de las carreras. Ahí los caballos fuera de aliento intentan alcanzar el premio; ahí se producen las emociones de las apuestas y sumas considerables se versan sobre cálculos de ligereza.

En estos casos, una álgebra especial es necesaria. Si la mecánica indica que la velocidad está en razón inversa del tiempo, el que anticipadamente descubre éste, con un reloj en la mano, puede apostar con toda confianza. Así se hace: mas despues se averigua que el caballo más veloz tuvo las pezuñas quemadas; que los dos corredores pertenecian á un mismo dueño y se dió orden á los jockeys de que perdiera el más ligero; que el juez no supo su deber, y dada ya la señal de partida permitió que la carrera volviese á empezar. Todas estas son incógnitas que no se han tomado en cuenta, y de este modo resulta que las reglas inquebrantables de la más exacta de las ciencias han tenido un resultado por completo contraproducente.

Era preciso salir del Jockey Club para arreglar la maleta de viaje. El gran camino de Jackson era el que habia yo elegido. Dicha línea corre paralela al Mississippi, hasta Jackson; se dirige despues hácia el rio, pasando el Ohio en el Cairo; vuelve á tomar, en fin, su desviacion hasta Odin, donde se encuentra el camino para Cincinnati. Se atraviesa en ella la porcion de Norte-América situada entre los Alleghanies y las Montañas Rocallosas, que ha dado lugar á tantas ingeniosas teorías. En todo esa considerable superficie apenas hay elevaciones que puedan ser llamadas montañas: aun las colinas no son comunes. Razones hay para creer que la mayor parte de estos terrenos yacian anteriormente bajo el agua, pues el suelo tiene la apariencia de un depósito aluvial, y la naturaleza y situaciones de las rocas

indican que fueron trasladadas á sus lechos actuales por los hielos flotantes.

Rodriguez me esperaba para despedirse: él tambien iba á partir, tomando el ferrocarril para Mobila. Estreché entre mis brazos á aquel buen amigo, deseándole prosperidades y esperando verlo pronto en la ciudad de su residencia.

